

XXXII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2020.

Un episodio más sobre las fuentes de *Facundo*: la biografía de Bolívar de la *Encyclopédie Nouvelle*

Patricio Fontana (UBA-UNA-CONICET)

Una pasión argentina, una pasión argentina a menudo triste, es inquirir cuáles fueron las fuentes de *Facundo*. Es decir, pesquisar de qué lecturas u otros materiales Sarmiento destiló su libro: qué leyó, o qué escuchó, antes de sentarse a escribir. Quizá fue Alberdi el primero en realizarse esta interrogación que, muchas veces, disimula mal una sospecha hacia las habilidades intelectuales de Sarmiento y hacia su inventiva: para el ponzoñoso Alberdi de *Facundo y su biógrafo*, el libro de Sarmiento es uno que este saqueó a sus interlocutores, y por eso es su mejor libro, porque no es de él. Esa interrogación, por lo demás, nunca dejará de hacerse: sabemos, desde hace tiempo, que el contexto o los contextos en el que se injerta o inserta un texto nunca son saturables. Lo que propondré a continuación se suma a esa pasión triste: pesquisar cuáles pueden haber sido las fuentes de *Facundo*. Entonces, como dice Juan Moreira en el film de Leonardo Favio: “perdón por la tristeza”.

En sus apuntamientos biográficos sobre José Félix Aldao, de 1845, al referirse a la captura del general José María Paz gracias a un certero y alegórico tiro de boleadora, Sarmiento asegura que para “comprender” ese hecho es preciso ser argentino. Escribe Sarmiento: “es preciso ser argentino para poder comprender”. Poco tiempo después, en la “Introducción” de *Facundo*, Sarmiento desarrolla con más precisión esa idea que en el *Aldao* se condensa, sibilamente, en siete palabras. Una vez más, el verbo “comprender” es clave en su argumentación:

(...) nos es necesario detenernos en los detalles de la vida interior del pueblo argentino, para comprender su ideal, su personificación: Juan Facundo Quiroga. Sin estos antecedentes, nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido, todavía, al inmortal Bolívar, por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la *Enciclopedia Nueva* he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar, en el que se hace a aquel caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos, por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleón menos colosal; pero no he visto

al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo el remedo de la Europa y nada que me revele la América. (1977: 16-17)

Sarmiento se refiere aquí a la biografía de Simón Bolívar que ofrece el segundo tomo de la *Encyclopédie nouvelle*, publicada en París en 1836. En este texto escrito por Jean Reynaud, uno de los directores de esa enciclopedia, antes de que Bolívar adquiriera algún protagonismo, se ofrece una extensa introducción –en la que no faltan datos geográficos, poblacionales e históricos, muchos de ellos tomados, previsiblemente, de Humboldt– que presenta el escenario americano en el que Bolívar tendrá un rol central. Aunque en menor escala, este artículo de la *Encyclopédie nouvelle* tiene la misma organización en dos partes que Sarmiento le da a *Facundo*: una que traza “el teatro sobre el que va a presentarse la escena” y otra en la que “aparece el personaje” (1977: 18). ¿Habría Sarmiento intuido la estructura eficacísima de *Facundo* luego de la lectura de este texto biográfico? No lo sé. Otro texto que cita, la biografía de Napoleón de Walter Scott, que leyó minuciosamente, presenta también esa estructura bipartita, aunque en otra magnitud, nueve volúmenes.

La recusación que se hace en *Facundo* de esta biografía francesa de Bolívar, y con ella de muchas otras similares, predispone a suponer, antes de leerla, que en ella no se realiza ningún esfuerzo por establecer la diferencia entre América y Europa. Muy por el contrario, en el primer y extenso párrafo inaugural, Reynaud se esmera en delinear esa diferencia, la novedad americana:

BOLÍVAR (Simón). Es posible que, al volver sus ojos hacia nosotros, la posteridad considere que la emancipación de América meridional fue el fenómeno político más considerable de nuestro tiempo. Un grupo nuevo de naciones ha aparecido en el mundo; surgidas todas juntas con esfuerzo del seno de la madre patria, donde después de tres siglos sus gérmenes reposaban en la inercia, estas naciones se han hecho lugar en ese continente en otro tiempo asolado por la espada impiadosa de la cristiandad. Allí están, sin embargo, (...) reconocidas y saludadas por las otras naciones, listas a suministrar a la historia individualidades nuevas (...). Nadie se asombrará pues si nosotros consideramos que debemos tratar con cierta insistencia un tema de tal importancia, y sobre el cual el interés natural se encuentra además acicateado por el sello de la novedad. (...) No es más que por las noticias de las gacetas que el público se informa sobre este hecho; y esta no es sin embargo una fuente de información muy auténtica, y hay una gran distinción que debe hacerse entre periodistas e historiadores. (Reynaud, 1836: 762, traducción mía)

Originalidad, particularidad, novedad: si algo caracteriza este texto de la *Encyclopédie nouvelle* es el reconocimiento del estatuto novedoso de lo americano. Para la

Encyclopédie nouvelle, el siglo XIX es el del advenimiento de la novedad americana. Al mismo tiempo, y según el panorama que describe Reynaud, Europa ha permanecido en buena medida desinformada, o mal informada, sobre esos acontecimientos. Había así, en Europa, un vacío de información sobre la novedad y la originalidad americanas que debía ser llenado, no por periodistas sino por historiadores: había, *verbi gratia*, un público que debía ser esclarecido, una demanda. De este modo, esta biografía que Sarmiento desdeña en la “Introducción” de *Facundo* es también un texto –no el único, por supuesto– donde se dice sobre América algo que en esa misma “Introducción” y en la carta prólogo de 1851, que la reemplaza, se expresa con otra inflexión, y para el caso particular de la “República Argentina”: que las “naciones europeas” están muy atentas a lo que en ella sucede, que sin embargo no llegan a entender qué ocurre allí y que sería bueno que un “narrador americano” se presentara ante ellas –ante esas naciones, en especial Francia e Inglaterra– para humillarlas con un libro revelador sobre aquello que las atrae, aquello que debería atraerlas, pero que ni siquiera sus mejores sabios o estadistas logran comprender.

Mi propuesta entonces es que en la lectura que hace Sarmiento de esta entrada de la *Encyclopédie nouvelle* se superponen dos cuestiones complementarias: la existencia de un público europeo para la *originalidad americana* y el convencimiento de que era necesario disputarles a los escritores del viejo mundo, o a sus imitadores, la tarea de presentarla ante ese público. Sarmiento argumenta que la *originalidad americana* no podía ser comprendida desde el prisma de las “preocupaciones clásicas europeas del escritor” –cuando Sarmiento escribe “preocupación” debe leerse “error”– y que debían ser otros escritores, con otras preocupaciones, quienes les contaran a los europeos qué es América. La *Encyclopédie nouvelle* le ofrece a Sarmiento, entonces, dos cosas: un público y la posibilidad de construir su diferencia como escritor para conquistar a ese público. En la biografía de Bolívar escrita por uno de los directores de la *Encyclopédie nouvelle* se cifran los términos que Sarmiento esgrime para considerar la posibilidad de la constitución del “narrador americano” y su libro. La torpeza del escritor europeo –en este caso, de Reynaud– reside, habría que decir, no tanto en la imposibilidad para apreciar la diferencia entre lo europeo y lo americano, la novedad americana, sino, antes bien, en la “incompetencia” para “comprender” (utilizo términos de Sarmiento) su ídolo.¹ En efecto, al mismo tiempo que la *Encyclopédie nouvelle* sostiene que la

¹ En la conferencia de 1858 “Espíritu y condiciones de la historia en América”, Sarmiento insiste no solo en la necesidad de escribir la historia de América (“Todavía la historia de América es un archipiélago

novedad de América meridional radicaría, entre otras cosas, en el hecho de que esta habría proporcionado “individualidades nuevas a la historia”, la vida americana que se narra –la de Simón Bolívar– es presentada, tal como lo denuncia Sarmiento, y en esto su lectura es acertadísima, como una vida modelada casi únicamente por lo francés (y, especialmente, por el modelo de Napoleón). En este sentido, el inicio y el final del relato biográfico propiamente dicho se caracteriza por otorgarles un lugar central y casi único a Napoleón y a lo europeo –y esencialmente a lo francés– en la constitución del biografiado. En la página 767 se lee:

Nacido en Caracas en 1783, en una de las familias más nobles y ricas de la colonia, había obtenido, muy joven todavía, el permiso para ir a España para completar allí el curso de sus estudios. Americano por el corazón como por el nacimiento, era europeo por fuerza de las ideas y de la educación. No contento con conocer España, su madre patria, quiso visitar Europa y sobre todo Francia. París, la gran capital del mundo que se volvía aún más atractiva para los extranjeros en razón del recuerdo de los hechos de los cuales ella había sido teatro recientemente, le había llamado principalmente la atención; había estudiado en nuestras escuelas, conversado en nuestros salones, conocido a nuestros hombres de estado y nuestros sabios más distinguidos, vivido de nuestra vida, en una palabra; fue desde el centro de Francia que había aprendido a considerar los asuntos de Europa, y nuestra política era aquella en la que se había inspirado. Estaba en Francia en 1804, al momento de la coronación a la cual asistió [el 2 de diciembre de 1804, Napoleón Bonaparte fue coronado como emperador en Notre Dame], y ese acto poderoso de política (...) impresionó su espíritu profundamente y determinó el curso ulterior de sus pensamientos. (Reynaud, 1836: 767)

Asimismo, en algunas de las líneas finales, Reynaud vuelve a superponer la vida de Bolívar con la de Napoleón, pero ahora no en términos de inspiración o influencia, sino de una trayectoria político-militar que se habría forjado tanto en la emulación de los éxitos del segundo como en el aprendizaje de sus fracasos: “Bolívar era de la escuela de Napoleón, y es incontestable que a él le debió mucho; pero supo aprovecharse tanto de la lección de su caída como había sabido aprovechar las de sus victorias” (1836: 772).

Contra esta perspectiva europeizante o eurocéntrica, Sarmiento esgrime los siguientes argumentos:

confusamente trazado en la carta de la humanidad [...]” [1913a: 94]), sino en que esa historia permitiría revisar todas las consideraciones sobre la historia del mundo que se habían hecho hasta el momento. Desde el prisma de los sucesos americanos, la historia podría ser no solo otra, sino verdaderamente la del “universo mundo” (1913a: 96), la de la “economía del globo terráqueo” (1913a: 98). Para Sarmiento, esta tarea de descubrimiento intelectual de América –de su lugar protagónico en la historia del mundo– no podía ser realizada por los europeos: “Soy, vosotros, hijos de los descubridores y de los conquistadores [quienes podrán revelar] verdades nuevas que el europeo no puede alcanzar, por faltarle la intuición que nace del medio ambiente” (1913: 95).

Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio.

¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas europeas del escritor desfiguran al héroe, a quien quitan el *poncho* para presentarlo desde el primer día con el frac, ni más ni menos como los litógrafos de Buenos Aires han pintado a Facundo con casaca de solapas, creyendo impropia su chaqueta, que nunca abandonó. Bien: han hecho un general, pero Facundo desaparece. (Sarmiento, 1977: 17)

Para Sarmiento, entonces, en la biografía de Bolívar de la *Encyclopédie nouvelle* se produce una *desfiguración* del biografiado y aun su *desaparición*. Por eso, contra la afirmación acerca de que Bolívar habría “vivido de nuestra vida, en una palabra”, en la “Introducción” de *Facundo* se colocan en primer plano otras vidas (“vida pastoril, vida bárbara, americana pura”) de las que habría vivido Bolívar, que explicarían su índole.²

En todo esta querella –incluso en las palabras con las que la plantea Sarmiento, por ejemplo en el uso del verbo “humillar” o del sustantivo “incompetencia”: estamos ante un escritor que quiere *humillar a los que considera incompetentes*– se advierte un claro ejemplo de aquello sobre lo que reflexionó, hace más de 20 años, Pascale Casanova (2001) en *La República mundial de las Letras*: que esa “república” no es un espacio ecuménico y apaciguado, sino uno en el que se pueden rastrear las huellas, a menudo escamoteadas por un relato falso o edulcorado, de la “violencia invisible que reina” en él. Se trata, para Casanova, de un universo definido por “relaciones de fuerza específicas” y “encendidas batallas” (2001: 65).

En ese mismo estudio, Casanova señala que los escritores de la periferia son quienes perciben de manera más lúcida “el carácter irremediable y la violencia de la escisión entre el mundo literario legítimo y sus arrabales”, porque son ellos los que “deben luchar muy concretamente para ‘encontrar la puerta de entrada’” (2001: 65). En estos términos, habría que decir que Sarmiento, dando muestra de esa lucidez que Casanova les otorga a los escritores de la periferia, de los arrabales, entabla en *Facundo* una querella con la *Encyclopédie nouvelle* para dirimir quiénes contaban con los saberes necesarios para narrar vidas americanas, una disputa para determinar a quiénes les correspondía el derecho sobre cierta posible materia histórica y literaria.

² Y no se trata de que Reynaud desconozca la existencia de, por ejemplo, esa “vida pastoril” a la que se refiere Sarmiento. El texto de la *Encyclopédie nouvelle*, muy por el contrario, advierte sobre la importancia de ese elemento en la historia de Colombia. Sin embargo, Reynaud no establece vínculos demasiado claros entre toda la vida de los llaneros y la de Bolívar: ese sería su error; para Sarmiento, contrariamente, es en esa vida pastoril (“americana pura”) donde habría que ir a buscar el “barro” del que Bolívar hizo su edificio.

Señala Casanova: “La tarea principal de los fundadores de literatura es, en cierto modo, ‘fabricar la diferencia’ (...) Todos los intelectuales de las ‘primeras generaciones literarias’ comprendieron el fenómeno de la anexión literaria por parte de los espacios dominantes de los que eran víctimas y la necesidad de crear una distancia y una diferencia” (2001: 287-288).³ ¿Pero cómo se fabrica esa diferencia? En su insoslayable análisis de *Facundo*, Julio Ramos propone que, frente a la idea de que la autoridad de Sarmiento como escritor se asienta únicamente en la ostentación del “manejo de retóricas y discursos europeos”, habría en sus textos, muy por el contrario, la “afirmación de una diferencia” con respecto a esos saberes. Concluye Ramos: “Sarmiento no solo ocupa, sino que *maneja*, un lugar subalterno con respecto a la biblioteca europea” (1989: 23, énfasis del original).⁴ En este sentido, pero en relación específica con el uso que hace Sarmiento de la biografía, debe agregarse que la “Introducción” de *Facundo* responde a la pregunta sobre *cómo se fabrica diferencia* fundando una distancia –una suerte de deslinde de territorios simbólicos– entre su tarea como biógrafo y la realizada por biógrafos incompetentes, enceguecidos por las “preocupaciones clásicas del escritor europeo”, e incapaces de narrar vidas americanas

³ En la segunda parte de su libro, titulada “Revueltas y revoluciones literarias”, Casanova distingue dos actitudes que habrían practicado los escritores de literaturas emergentes: la asimilación o la rebeldía. Mientras que los asimilados buscarían su lugar mediante la imitación, por ejemplo, los rebeldes, por su parte, habrían insistido “en la necesidad de crear una distancia y una diferencia”. Escribe Casanova: “Las dos grandes ‘familias’ de estrategias, fundadores de todas las luchas en el interior de los espacios literarios nacionales, son, por un lado, la *asimilación*, o sea, la integración, mediante una disolución o eliminación de toda diferencia original, en un espacio literario dominante, y, por otro, la *disimilación* o *diferenciación*, o sea, la afirmación de una diferencia a partir, sobre todo, de una reivindicación nacional. Estas dos grandes clases de soluciones son muy notorias en el momento en que aparece un movimiento de reivindicación o de independencia nacional” (2001: 235-236, énfasis del original). La pertinencia de los instrumentos teóricos que ofrece Casanova para analizar las tensiones que caracterizan la “República mundial de las Letras” no siempre se traslada a una aplicación igualmente sagaz de esos instrumentos. De todos modos, no considero que esos señalamientos impugnen la posibilidad de aplicar las herramientas teóricas propuestas por Casanova a un caso particular, el de Sarmiento, especialmente porque ellos hacen siempre referencia a escritores latinoamericanos del siglo XX y raramente a los del XIX. En este sentido, la nítida conciencia de Sarmiento sobre la necesidad de constituir su diferencia como escritor en relación con Francia permite advertir cuánto más útil es la propuesta de Casanova para abordar al menos a ciertos escritores periféricos del siglo XIX, más allá de sus afirmaciones sobre esto. De este modo, ver en Sarmiento las estrategias de un escritor “rebelde” en relación con el centro –es decir, advertir esas estrategias en un escritor muy anterior a los ejemplos latinoamericanos que compulsa Casanova– no implica la recusación *in toto* de su trabajo.

⁴ El análisis de Ramos acerca de cómo Sarmiento construye su lugar como “escritor americano” surge, en gran medida, en respuesta al trabajo de Ricardo Piglia “Notas sobre *Facundo*”, de 1980. En la lectura de Piglia, y especialmente en su afirmación acerca de que Sarmiento hace un uso bárbaro de la biblioteca europea y de que, en el momento en el que se exhibe esa erudición, “la barbarie corroe el gesto erudito”, Ramos detecta un *riesgo*: “(...) la lectura de Piglia corre el riesgo de representar la relación entre Sarmiento y Europa, entre la escritura americana y el capital simbólico extranjero, en términos estrictamente negativos”. Por el contrario, Ramos se detiene en la positividad de esa relación diferencial.

sin *desfigurarlas*.⁵ Algunos libros europeos están, entonces, mal hechos: esa incompetencia europea es un vacío que el escritor americano puede colmar con su libro, su puerta de entrada a la república mundial de las Letras. Las *vidas americanas* son, pues, el “recurso específico” (Casanova, 2001: 209) que Sarmiento descubre y decide explotar para hacerse un lugar como escritor.

Hasta el momento en que postula ese deslinde, el interés de Sarmiento por la escritura de vidas no había dado cuenta –al menos no de manera tan explícita y vehemente– de ese matiz *diferencial*. En “De las biografías”, de 1842, su defensa del género no hallaba más fundamentos que los que eran frecuentes tanto aquí como en Europa. Pero, en 1845, Sarmiento programáticamente elige la biografía como el género a partir del cual el escritor americano podía *construir diferencia*.

Se advierte allí, en *Facundo*, una preferencia por la biografía que adquirirá una formulación aún más explícita en *Recuerdos de provincia*. Además de como lector de biografías (la de Cicerón, la de Franklin), en uno de los apartados finales de su autobiografía de 1850 Sarmiento se presenta a sí mismo como un biógrafo experimentado y prolífico. Además, luego de listar los principales textos biográficos que había publicado hasta ese momento, anuncia un proyecto que nunca concretará: un volumen titulado *Vidas americanas*, en el que recopilaría todas las biografías que había escrito hasta el momento (un proyecto muy similar a ese “curioso libro” que, dos años después, en 1852, le sugerirá el emperador Pedro II en Río de Janeiro según el relato de *Campaña en el Ejército Grande*). En ese contexto sostiene que: “*La biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia*” (2001: 187, énfasis mío). Si la segunda parte de esta frase reitera la idea, entonces de profusa circulación, de que la biografía es en el siglo XIX un “pariente pobre” de la historia, la primera es la ratificación de que la originalidad para la literatura americana debía pasar no por la creación de una nueva

⁵ Para Sarmiento también hay libros americanos que están hechos como si fueran europeos. Sarmiento, aquí, para continuar con los términos acuñados por Casanova, estaría marcando distancia con los *asimilados*, que serían, por ejemplo, los hermanos Varela (Juan Cruz y Florencio): “Este bardo argentino [Esteban Echeverría] dejó a un lado a Dido y Argia, que sus predecesores los Varelas trataron con maestría clásica y estro poético, pero *sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas (...)*” (1977: 39, énfasis mío). Queda claro que, para Sarmiento, el camino al éxito como escritor se asocia con la capacidad de este para *agregar algo* a lo ya existente, con la capacidad para producir novedad; la mera calidad (“maestría clásica y estro poético”) no basta para tener “suceso”.

forma o un género nuevo, sino por el uso idiosincrásico, americano, de una forma preexistente, cuya historia se medía en siglos.⁶

En la “Advertencia a *Las Rimas*”, de 1837, Esteban Echeverría había considerado que la originalidad para la literatura nacional iba a resultar de la explotación poética del desierto (“El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no solo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional”). El *dictum* de Sarmiento en 1850 se inclina por una materia literaria de índole narrativa. Sarmiento piensa en novelas, en romances, en biografías: en vidas, en personajes. La tipología gaucha del capítulo II de *Facundo* avanzaba en el mismo sentido: esa tipología es, entre otras cosas, un sumario de biografemas gauchos. Postula, además, una suerte de transferencia de originalidad entre vida americana y libro americano: de la originalidad de las vidas americanas, entonces, al “libro más original”. La lectura de la biografía de Simón Bolívar publicada en la *Encyclopedie Nouvelle*, creo, fue un acontecimiento no menor en el proceso que llevó a Sarmiento a advertir con nitidez ese panorama literario en el que su libro debía o podía inscribirse. Lo bélico, que es algo omnipresente en el *Facundo*, se extiende también al modo crispado y agresivo, al deseo de humillar, como su autor busca ocupar o mejor conquistar, con su libro, un lugar en el panorama literario decimonónico, y a ser reconocido y celebrado.

⁶ Me interesa dejar en claro que no es mi propósito definir a Sarmiento enteramente como un *rebelde*; al menos no en el sentido de que su escritura se caracterice por el abandono de toda presencia de “preocupaciones clásicas del escritor europeo”, de toda imitación, de toda estrategia que caracterice a los escritores *asimilados*. El uso que hace del orientalismo, por ejemplo, es clara señal de ello. Lo que me interesó, antes bien, es ver cómo, puntualmente en relación con el género biográfico, Sarmiento establece una disputa en cuanto a determinar quiénes tenían derecho a narrar *vidas americanas* y quiénes no.

Bibliografía

- Casanova, P. (2001). *La República mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama.
- Piglia, Ricardo (1980). “Notas sobre *Facundo*”. En *Punto de Vista*, III, 8, pp. 15-18.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reynaud, Jean (1836). “Bolívar”. En P. Leroux y J. Reynaud (dir.), *Encyclopédie nouvelle...*, segundo tomo, Ari-Bios. París: Librairie de Charles Gosselin, pp. 762-773.
- Sarmiento, D. F. (1977). *Facundo*. Edición a cargo de Nora Dottori y Susana Zanetti, prólogo de Noé Jitrik. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sarmiento, D. F. (1913). “Espíritu y condiciones de la historia en América”, en *Obras completas*, tomo XXI, Buenos Aires, Imprenta “La Facultad”, pp. 153-159.
- Sarmiento, D. F. (1945). *Los caudillos*. Prólogo de Alberto Palcos. Buenos Aires: Jackson.
- Sarmiento, D. F. (2001). *Recuerdos de provincia*. Barcelona: Sol 90.